

salir de la duda y de las contradicciones si no pasaba á un estado sobrenatural, como la voluntad es ineficaz sin la Gracia. Pascal creía que solo los Hebreos habian alcanzado la revelacion, y por consecuencia los demas pueblos permanecian en la inseguridad intelectual y en la impotencia de voluntad.

Huet.
1680-
1721.

No era partidario de las ideas jansenistas, con las que estaban conformes estos dogmas. Daniel Huet, obispo de Avranches, que en su *Demonstratio evangelica* hizo alarde de erudicion, de axiomas, de definiciones y proposiciones, hasta el punto de perder de vista su objeto. En la *Debilidad del espíritu humano* demuestra la incapacidad de este para alcanzar la verdad sin la fe; y lejos de creer ciegos á los gentiles, busca en sus tradiciones las huellas de una revelacion primitiva; pero, no obstante, disienta de los filósofos cartesianos, que suponian á la razon individual fuente de la verdad, haciéndola capaz de venir en conocimiento de la revelacion, sin detenerse á considerar que existen en el hombre dos elementos, el conocimiento de los pensamientos propios y el de los humanos.

Nuevos datos contribuían entonces á la resolucion del problema. En la edad média escaseaban los materiales para comprender la historia: en la época del renacimiento, se buscaba en los escritores mas bien la forma que la verdad; pero la lucha entre Católicos y protestantes puso en tela de juicio si la idolatría era un extravío de la revelacion primitiva, ó un desarrollo progresivo de la barbarie originaria. Los protestantes, y Beausobre especialmente, sostuvieron que tambien los antiguos gentiles tenian idea de un Dios único, y que el culto que rendian á muchos dioses era relativo, como sucede con los Santos: gran número de Católicos, al contrario, pretendian que toda idea ó nocion justa de Dios habia desaparecido cuando vino Cristo á revelarla. Por otra parte, las indagaciones que no cesaban, hacian ver claramente que se habia conservado permanente y universal el símbolo primitivo á pesar de sus diversas formas; los Jesuitas habian hallado en la China un culto antiquísimo, una moral recta, y ritos que nada tenian de idólatras; tanto que no faltó entre ellos quien asegurase que hacia dos mil años que se conservaba en aquel país el conocimiento del verdadero Dios, que se le habian hecho sacrificios en el templo mas antiguo, y que se observaba la mejor moral, es decir, la de la caridad.

La Sorbona rechazó estas opiniones; pero uno de sus doctores (Coulau) no solo disintió públicamente de sus colegas, sino que pretendió que los antiguos Persas habian tambien adorado al verdadero Dios. Peligroso le pareció á Bossuet el aserto, cual si tendiese á la indiferencia de las religiones y á una falsa misericordia hácia los antiguos, sumidos en las tinieblas, excepto alguno que habia permanecido fiel. No obstante, á la cabeza del código de los Persas se lee: *El*

que diga que hay mas que un Dios, muera de muerte (1).

Bossuet figura entre los controversistas mas insignes; no se hallan en él vana sofistería ni cavilidades, sino voluntad decidida de vencer y conciliar; expone é inquiriere sencillamente la verdad; sus proposiciones son tambien sencillas, penetran en el fondo del argu (1) y disipan las sutilezas; es rígido en los principios, pero conciliador y sin resentimiento: y cubre la aridez de la materia con el manto de la elocuencia.

Pero la polémica cristiana se hizo irresoluble desde el momento en que el mayor número se limitó á la discusion sobre los puntos particulares que de nosotros separaban á los reformados. Se restableció la autoridad de la Iglesia, y por tanto se cerró el campo á las opiniones contrarias á ella. Á su abrigo se hicieron fuertes algunos, como Nicole, que en sus *Preocupaciones legítimas* decia á los protestantes: « Primeramente ponéos de acuerdo; explicadnos en qué consiste vuestra creencia comun, y entonces discutirémos; mientras cada uno pueda tener una opinion distinta, la Iglesia no está obligada á disputar con todos uno tras de otro. » De semejantes contrasentidos se valió como arma tambien en la *Perpetuidad de la fe respecto de la Eucaristia*, y en la *Unidad de la Iglesia*, refutación de Jurieu.

Dentro de estos límites permaneció Bossuet. El trato frecuente con los reformados y los neófitos le habia hecho venir en conocimiento de que sus extravíos dependian principalmente de no conocer á fondo la doctrina católica. Pensó, pues, hacer de ella una *Exposicion* precisa, que ofreciese un cuadro limpio y exacto de las decisiones de la Iglesia respecto de la controversia que entonces ocupaba los ánimos, pero sin las opiniones particulares de los teólogos ni las adiciones de la credulidad ó la piedad, ni los ritos y los usos por muy generalizados que estuviesen y sancionados por la disciplina regular. No admite ninguna palabra ambigua, y habla con la precision que la Iglesia adoptó para redactar los cánones de los concilios, pero no con ese tono imperioso que provoca la resistencia al inclinar á la persuasion. Gran aceptación tuvo este libro, y los protestantes sostenian que se alejaba tanto de las doctrinas romanas, que eran muchos los puntos de contacto que con ellos tenia; por lo que no dejó de mortificarles el saber que la Iglesia habia

(1) Esta misma cuestion se reprodujo en tiempo de los filsofistas cuando los ateos pretendian que el hombre en un principio ignoró toda idea fundamental de religion, y los deístas decantaban las creencias religiosas de los antiguos, para demostrar que la revelacion no era necesaria. Bergier sostenia que los hombres debian haber conocido la religion verdadera por autoridad y tradicion; pero en lugar de deducir que la tradicion ha existido siempre, admite la idea de que esta ha debido estar interrumpida por muchos siglos, en contradiccion con la razon y la historia. El sabio y modesto Ballet opone al ateísmo, al fatalismo y al materialismo el perpetuo consentimiento de los hombres; doctrina que sostuvo despues con energia y elocuencia La Mennais y que lisonjeó á muchos grandes pensadores.

aprobado aquella sencilla y luminosa exposicion de la doctrina universal. Verdad es que separaba la fe positiva de la viva, incorporada en el culto diario del pueblo.

Y sin embargo, esta obra no es mas que la apología del concilio de Trento, pues bastaba á los Cristianos demostrar que sus dogmas estaban de todo punto conformes con los de los siglos precedentes. Es cierto que se le propusieron objeciones y dudas sobre puntos particulares; pero ¿era posible sostener una discusion con personas que protestaban contra toda autoridad? Los combatió en general en la *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes* (1688), asunto adecuado como ninguno á su carácter violento y á su inflexible sarcasmo. Preguntaba en ella: « ¿Habláis de fe, de doctrina? » ¿Tenéis fe y doctrina? La fe que cambia no es fe; no es la palabra de Dios, porque esta es inmutable. » Y aquí revelaba las contradicciones de sus símbolos y de sus profesiones de fe; la variedad continua, no solo de iglesia á iglesia, sino de tiempo á tiempo en la misma iglesia, y en la que, sin embargo, cada confesion pretendia ser la expresion mas pura é invariable de la palabra divina, consignada en los libros sagrados (1). En este epílogo de un vasto y complicado proceso, expone los hechos con tanto conocimiento como claridad y lealtad, amenizando la aridez de la materia con la brillantez de la palabra y con la magistral pintura del carácter de los reformadores, á quienes no vilipendia, sino destrona, descubriendo sus contradicciones, cosa que repugna á la idea de la inspiracion.

Los mismos reformados no habian comprendido del todo su mision, y al contemplar el número de sectas á que habia dado margen su creencia, se desconsolaban y las anatematizaban. Y sin embargo, por su dogma esencial, no debian pretender la infabilidad, y habrian debido aceptar los improprios de Bossuet como una prueba de la libre interpretacion concedida á cada cual, lo que le hubiera obligado á cambiar de táctica, y á remontarse á un principio mas elevado. Hizo gran impresion que demostrase que su desobediencia no era mas que una contienda confusa, en la que cada cual atacaba con armas diferentes, sin estar de acuerdo con los demas en el fin ni en los medios; que desde la confesion de Augsburgo hasta el concilio de Dordrecht habian vacilado continuamente en sus creencias, en vez de fijarlas, que era lo importante. Brillante ocasion ofreció á Bossuet de redoblar sus ataques la publicacion de los *Avisos á los refugiados*, en que Bayle, ó quien fuera, demostraba claramente la inestabilidad de doctrinas entre los reformados. Tambien le sirvió de mucho la famosa decision de Lutero, Melancthon y Bucer en pro de la bigamia del langrave de Hesse, de que ya se tenia noticia,

(1) Trató con especialidad del *Syntagma confessionum*, publicado en Génova entonces precisamente.

pero que hasta entonces no se conoció legalmente (1). Fundándose en ella probaba que la doctrina de los innovadores no podia dar de sí mas que consecuencias inmorales, y predecia que andando el tiempo, caerian todos en el socinianismo, es decir, negarian á Cristo; porque era una ilusion creer que sus corifeos solo estaban animados del deseo de trasportarlos á los bellos dias del Cristianismo.

Entre los infinitos que se lanzaron á refutarle, el único notable es el erudito Basnage, á pesar de que en esta lucha solo esgrimió las armas de la cólera y las injurias. Jurieu no trató de rebatir á Bossuet, pero sí de neutralizar los efectos de su elocuencia por medio de frecuentes y calorosas pastorales, en las que sostenia: « que la verdad de Dios se habia conocido poco á poco. » Bossuet le contestó en los *Consejos á los protestantes*, demostrando que la Iglesia habia siempre tenido por perfecta, desde su principio, la revelacion, y que á ella se refirió en todas sus sucesivas decisiones. Y como Jurieu se habia declarado adversario de los socinianos, le demuestra fácilmente que estos podian volver contra él los argumentos que él sacaba á plaza contra los Católicos.

No faltaban entre los protestantes ministros que deseaban lealmente conocer la verdad, y tal nos parece Juan Claude, oráculo de su religion, y jefe del consistorio de Charenton, hombre de gran ingenio y virtud. La señorita de Dúras, sobrina de Turena, á quien como á su tío y á otro muchos (2) ayudó á convertirse la *Historia de las variaciones*, deseó oírle discutir con Bossuet, y á esto se deben las *Conferencias* (1670) que fueron impresas despues, si bien en una y otra parte se advierte poca fidelidad.

Parecerá extraño que precisamente cuando en el seno de la Iglesia Católica se discutia acerca de la Gracia del amor puro y la primacia papal, sin conseguir entenderse, se pretendiese reconciliar con ella á los disidentes. Sin embargo, abrigaban esta esperanza las almas cándidas; mas fácil parecia cuanto mas en descenso iba la ira, y los intereses humanos no se oponian á ella: y algunos, llenos de candidez, verdad y recíproco afecto, se preparaban á realizar esta idea. Animado por ella, el Genoves Cristóbal Spinola, obispo de Neustadt, se puso de acuerdo

(1) La hizo publicar el elector del Palatinado, Carlos Luis, para justificarse asimismo que tenia mujer y concubina.

(2) Entre los convertidos por Bossuet, cuya lista puede verse en su historia escrita por el cardenal Bausset, al fin del tomo II, no aparece Isaac Papin, de Blois, que en union de varios escritores teológicos sostuvo la causa protestante y provocó las persecuciones de Jurieu. En 1690, despues de varias conferencias, abjuró en manos de Bossuet, y de resultas publicó muchos escritos en pro de la Iglesia, entre otros: *Los dos caminos opuestos en materias de religion. — El cámen particular y la autoridad. — La causa de los herejes instruida y sentenciada con arreglo á derecho. — En la unidad de las ciencias sostiene, como Pascal, la impotencia de la razon humana.*

Entre los convertidos por Fenelon figura en primer término Miguel Ramsay de Ayr en Escocia (1686-1743), literato de gran fama, que escribió su vida, los viajes de Ciro, imitacion del Telémaco, y que se dedicó á introducir en Francia los francmasones, de que fué gran canceller.

con el doctor Molano, uno de los mas astutos luteranos de su tiempo, y tambien el mas moderado, y convinieron en hacerse reciprocamente ciertas concesiones, que despues fueron sometidas á Bossuet y al mas eminente filósofo aleman, Godofredo Leibnitz. Miétras no se ventilasen cuestiones mas arduas que las del cáliz, el matrimonio de los sacerdotes y otras semejantes, el acomodamiento era posible; pero se necesitaba que los luteranos creyesen que la Iglesia no podia equivocarse y que aceptasen lisa y llanamente el concilio de Trento: ni Bossuet podia admitir en esto la menor modificación.

Leibnitz Aunque Leibnitz era el mas tolerante de los luteranos, contestó con sutilezas y obstáculos á la cuestion tan bien planteada por Molano, y movido quizá por miramientos á la casa de Hannover, que con la tolerancia hubiera disgustado á los Ingleses, no llevó la empresa adelante con lealtad; y despues de haber manifestado su habilidad y grandes conocimientos en la defensa de su causa, se perdió en dificultades minuciosas y en cavilidades. Tambien el duque de Sajonia Gotha renovó este pensamiento, y Clemente XI encargó á Bossuet que redactara un proyecto de union que no pudo verificarse por las guerras que estallaron.

Leibnitz estaba efectivamente conforme con muchos puntos del Catolicismo, y entre sus papeles se halló un *Systema theologicum* en que defiende abiertamente la transustanciacion y la supremacia de los papas. Cuando los luteranos estaban próximos á la union, se sometió á la decision de Helmstadt este punto: « Si una » princesa protestante, destinada á casarse con » un Católico, podia abrazar la religion católica » sin escrúpulo de conciencia. » Esta princesa era Isabel Cristina de Brunswik-Wolfenbittel, prometida de Carlos VI. El 28 de abril de 1707 los doctores luteranos declararon: « Estamos » convencidos de que los Católicos no disienten » de los protestantes, y que si aun existe alguna » polémica ó disputa entre ellos es solo de palabras. El fundamento de la religion está en » la Iglesia Católica Romana, de modo que dentro de ella se puede ser ortodoxo, vivir bien, » morir y salvarse. La serenísima princesa de » Wolfenbittel puede, pues, con motivo de su » matrimonio, abrazar la religion católica. » Gran escándolo promovió esta decision en Holanda y en Inglaterra.

Pero neregias de menor bulto y mayor trascendencia se introducian, y ya lo presintió Bossuet que escribia al obispo de Fréjus en estos términos: « El espíritu de incredulidad se aumenta de dia en dia, » y en otro lugar: « La » diferencia en materias de religion es la manía » de nuestro siglo; reina visiblemente en Inglaterra y en Holanda, y se manifiesta demasiado » aun entre los Católicos. » Y continúa: « Preveo que los espíritus fuertes perderán crédito, » no porque inspiren horror sus sentimientos, » sino porque todo caerá en la indiferencia,

» excepto los placeres y los negocios (1). » Cuando de los viajes de Oriente se traian libros sagrados que rompian el círculo dentro del cual se habian fortificado los defensores de nuestra creencia; cuando, los Jesuitas encontraban en la China una historia antiquísima, una moral sábia y ritos que creían debian servir de norma á los nuestros; cuando, segun las quejas del mismo obispo, « una falsa misericordia y una falsa ciencia inspiraban á ciertos sábios la idea de extender la verdadera religion á muchos pueblos ademas del elegido por Dios, creyendo degradar á la Divinidad en el mero hecho de reducirla á este solo pueblo, sin saber adorar temblando los secretos y los impenetrables juicios de Dios; » cuando el Cristianismo, en vez de buscar en sí mismo razon de su ser, acudia á los sistemas de Descartes; cuando asistian á los sermones, aun los mejores con el sentimiento mismo con que asistian á un baile ó á una comedia (paso sensual de los elegantes), y Bourdaloue arrancaba aplausos como Corneille, tenian muy distinto significado del que ahora tienen los rigores de los jansenistas, la relajacion de los molinistas y las ilusiones del quietismo: detras de Jurieu se distinguian ya los sarcasmos de Voltaire y de Dupuis.

CAPÍTULO XIII

Lengua y literatura francesa.

Estamos en el caso de hablar de la literatura francesa, cuyas principales lumbreras hemos indicado ya. El retroceso al gentilismo, que en la edad precedente se reveló en las ideas no ménos que en las formas, introdujo en Francia una afición tal por la mitología y la antigüedad, que hasta en la lengua se advierte, llevada por la escuela de Ronsard en pos de las huellas griegas y romanas. Malherbe comenzó la reaccion en la poesía, devolviéndola su originalidad, y despojándola del lujo parásito: faltaba hacer lo mismo con la prosa, apartándola por igual de los dos escollos del arcaísmo y del servilismo de las literaturas meridionales. La italiana, especialmente, se hizo comun á causa de los grandes autores que habian escrito en ella, de las frecuentes relaciones políticas y de la corte de los Médicis, de tal modo que entre la gente de buen tono se hacia gala de un lenguaje lleno de palabras italianas y españolas afrancesadas. Duvair intentó introducir una diccion mas noble y correcta para los asuntos elevados, y escribió un tratado sobre la *Elocuencia francesa* (1607), fijándose con preferencia en la del foro.

Balzac (Juan Luis Guez), viéndose tan celebrado por las cartas que desde Roma escribió en los dos años que estuvo en ella, se decidió por este género, y dió á la prosa el arte que en Montaigne se echa de ménos. Como Malherbe,

(1) Segundo sermón del II domingo de Adviento.

Balzac.
1694-
1753.

evita los idiotismos provinciales, los conceptos italianos y la ampulosidad española; y al fin, cortesano como él, estableció cierta identidad entre el idioma literario y el palaciego; dispuso artísticamente las palabras, cuidó de la cadencia, desenlazó los períodos, reduciendo á una prudente economía el discurso; y respetó la retórica de los antiguos, pero no porque creyese que era aplicable á una lengua puramente francesa, capaz de producir obras en nada inferiores á las clásicas. Hablo de la exposicion, porque en cuanto á lo demas no hallo en este autor mas que pensamientos comunes, poca verdad y ninguna profundidad; no sirve para tratar de asuntos que requieran gran vigor; no vacila al sentar una opinion, como sucede á todos aquellos cuya fama nadie pone en duda; trunca las sentencias con la mayor intrepidez sin cuidarse del sentido, con tal que suenen bien; no conociendo que este género es el que ménos se presta á lo artificial. Despues de leer las inimitables y elegantes cartas femeniles publicadas en el siglo siguiente, no pueden tolerarse las suyas, que son todo hipérboles, á pesar de costarle dos meses de trabajo cada una; con tal detenimiento se estudiaba á sí mismo y á su obra. Sin embargo, no bien salieron á luz, fueron buscadas con ansiedad y leídas en las comidas. « Este rumor (decia con » su acostumbrada humildad), esta reputacion, » ¡qué de incomodidades proporcionan á un » hombre que busca la calma y el reposo! Es » el blanco de las insufribles atenciones de la » Cristiandad, por no decir de los tontos que » le atormentan doblemente. Se ve perseguido » y es asesinado por los plácemes que recibe » de las cuatro partes del mundo. Y cuando » por la noche se retira á su cuarto y se sienta » á la mesa, encuentra sobre ella cincuenta y » cuatro cartas que le exigen contestacion, » pero elocuente, digna de ser enseñada, copiada ó impresa (1). » Toda gran reputacion tiene por contrapeso grandes vituperios y á Balzac no le faltaron, pero no por los defectos de que la posteridad le acusa. Cuando la tempestad le pareció demasiado ruidosa para que el público le escuchara, tuvo el valor suficiente para retirarse del mundo y entregarse á la devocion y á la caridad: su fama creció con este motivo, y él siguió alimentándola con otras cartas y escritos morales.

Fué su émulo Vicente Voiture, notable por la expresion de sus cartas, en las que no decia nada á pesar de sus formas fáciles y nuevas, pero exageraba los sentimientos religiosos ó de amargura, concluyendo siempre con ingeniosos cumplidos. Creyendo que en sociedad era su

(1) De Balzac decia Honorato Racan (1670):
Divin Balzac, qui, par tes veilles,
Acquiers tout l'honneur de nos jours;
Grand démon, de qui les discours
Ont moins de mots que de merveilles...
Quoi qu'espère la vanité,
Il n'est point d'autre éternité
Que de vivre dans tes ouvrages.

oficio tener siempre ingenio, nunca pudo tratar las cosas serias con seriedad.

Tanto uno como otro fueron los astros de la sociedad Rambouillet, de la que siempre salia hecha la reputacion de una obra ó de un autor. Los que componian esta sociedad, eran árbitros del gusto y tiranos del genio, porque ningun escritor comenzaba un trabajo sin calcular ántes el efecto que produciria en ella. Como sucede siempre que el ingenio llega á ser condicion indispensable, y que se reserva una pandilla el privilegio de conceder ó negar la reputacion, lo convencional cedia ante lo verdadero, la exageracion se tenia por delicadeza, y por mérito supremo la gracia. Pero esto no era nuevo en Francia, pues ya en el siglo anterior se habia colocado entre los mas insignes poetas, y traducido al latin y á otras varias lenguas á Guillermo Du Bártas, de Monfort; y Göthe se lamentaba últimamente de que Francia no le tuviese en el debido aprecio, cuando sus poesías eran aun el orgullo de Alemania, especialmente la *Semana*, es decir, la creacion del mundo, imitacion del Tasso y reimpresa treinta veces en seis años. No carece Bártas de bellezas, pero peca de trivialidad, y abunda en las necias metáforas que ridiculizaron á los Italianos del siglo xvii. Habla de los montes de Gascuña *enharinados por una nieve eterna*; llama al sol *duque de las hogueras*; á los vientos *postillones de Eolo*, y á Dios, que aparece en medio de los elementos desencadenados, *arquero del trueno, gran mariscal de campo, que en la materia informe jeringa al espíritu*: otras veces le compara á un huésped, que no introduce en la sala al convidado sino despues de haberla limpiado él mismo, y dispuesto bajo la estrellada bóveda la vianda deseada (1); ó á un pintor paisajista, que contempla con cariño su obra, y que ora con una *mirada* abarca los campos floridos, ora da olor al incienso con su *nariz*, ora presta el *oído* á los canoros pajarillos (2). Unas veces quiere imitar las pisadas de los caballos (3), otras el gorjeo de las aves (4).

De Thou, aunque admirador de Bártas, achaca estos delirios al alejamiento en que vivia de las ciudades y de los hombres educados; pero no tardó en adoptarse semejante lenguaje por la gente de buen tono. Isaac de Benserade,

Bártas.
1551-90

Benserade.
1612-94.

(1) Le sage ne conduit la personne invitée
Dans le lieu du festin, que la salle apprêtée
Ne brille de flambeaux, et que les plats chargés
Sur le linge flamand ne soient presque rangés:
Ainsi notre grand Dieu, ce grand Dieu qui sans cesse
Tient ici cour ouverte...
Ne vult convier notre aïen à sa table
Sans tapisser plus tôt sa maison délectable,
Et ranger libéral, sous les pôles astrés,
La friande douceur de mille mets sucrés.
(2) Et bref l'oreille, l'œil, le nez du Tout-Puissant
En son œuvre n'ouït rien, rien ne voit, rien ne sent,
Qui ne prêche son los.
(3) Le champ plat bat, abat, détrape, grappe, attrappe
Le vent qui va devant.
(4) La gentille alouette avec son tire-lire
Tire l'ire aux fâchés; et d'une tire, tire
Vers le pôle brillant.